Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Other People*

© 2025, C. B. Everett
© 2026, de la traducción por Javier Lobato Guzmán
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-56-4
DL: B 9.916-2026

Composición:
Grupo Ormo

Diseño de interiores:
David Pablo

Impreso en octubre de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

C. B. Everett

El laberinto de los diez sospechosos

Traducción de Javier Lobato

Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

El infierno son los otros.

JEAN-PAUL SARTRE
A puerta cerrada

PRÓLOGO

–¿Hola? Sé que estáis ahí, observando. Sí, vosotros, los de detrás del espejo. Sé que estáis ahí, observándome. Es obvio. Nadie pondría un espejo en una sala de interrogatorios si no pudiera esconderse detrás y por eso sé que estáis ahí. Llevo demasiado tiempo en esta silla, volved aquí y hablad… Daos prisa… Estáis perdiendo el tiempo. Está sola, a punto de morir, y yo sé dónde está. Tenéis que encontrarla. Podéis salvarla si actuáis con rapidez… Esto es urgente, vamos…

»No me ignoréis. Por favor, no me ignoréis… He venido directamente aquí tras escapar de la casa y… y los demás… todos los demás están muertos. Los asesinaron… A todos… Y tampoco habéis hecho nada al respecto. Absolutamente nada.

»Un momento… El mono que me habéis hecho vestir, dejarme a solas aquí dentro… Creéis que no soy inocente, ¿verdad? Pensáis que… pensáis que los maté yo, ¿me equivoco? Dios mío, creéis que soy culpable porque no hay más supervivientes… Y como solo quedo yo… sospecháis de mí. No hay nadie más de quien sospechar.

»Pues eso no tiene ningún sentido y lo sabéis. Por el amor de Dios, hasta os he dicho quién lo hizo. Alguno de los otros. Incluso os he dado los nombres, joder, ¿por qué no los arrestáis? Haced que confiesen. Buscadlos en vez de hacerme esto a mí, buscadlos…

»¡Dejad de perder el tiempo! No me ignoréis. ¿Hola?

»¿Hola?

»Dios… está bien. Está bien. Dejadme aquí, haced lo que queráis, pero tenéis que ir a la casa. Por favor. Buscad la casa. La de los cadáveres. Encontrad a la chica. Es lo único que tenéis que hacer: buscar la casa de los cadáveres, encontrar a la chica…

»Por favor, antes de que sea demasiado tarde…

PRIMERA PARTE

Kyle Tanner

Estoy tumbado sobre algo rígido y estrecho. Estoy encajado de la cabeza a los pies, de un hombro al otro, y no puedo mover ni un dedo. Huele a madera pulida hace poco. Estoy dentro de una caja. Miro hacia arriba. Al principio no veo más que oscuridad, pero me concentro y termino por darme cuenta de que la tapa de la caja está abierta. Entonces empiezo a distinguir la oscuridad que tengo encima, dividida entre los árboles y el cielo nocturno. Las estrellas. La luna llena. Pero todo parece distante, como si estuviera mirando por el extremo equivocado de un telescopio. Me rodean unos muros. Huelen a tierra, a raíces, a suelo franco. El corazón me da un vuelco cuando averiguo dónde estoy. En un ataúd. En una fosa.

No sé cómo he llegado a este sitio ni tengo el tiempo o la energía como para ponerme ahora a pensarlo. Las respuestas pueden esperar. Ahora debo salir de aquí. Escapar.

Intento retorcerme para liberar el torso y los brazos de mi prisión de madera, arqueando la espalda y echando los hombros hacia delante. Trato de mover los brazos, liberar las manos y aunar fuerzas para salir de aquí agarrándome a los bordes del ataúd y haciendo palanca. Pero estoy encajado de tal forma que no me puedo mover. Parece que hubieran construido el ataúd a mi medida mientras dormía. Cuanto más lo intento, más difícil se vuelve. Es como si la madera se estuviese estrechando cada vez más, constriñéndome. Empiezo a sudar y a hiperventilar, pero eso no me ayuda en nada. Me doy cuenta de que estoy empezando a entrar en pánico. Me cuesta más trabajo respirar, moverme. Intento sacudir el ataúd, pero parece que la madera se adapta a mis movimientos y que se expande y se contrae a la vez que yo.

De repente, la oscuridad que tengo encima empieza a caer hacia mí a toda velocidad. Los golpes me hacen daño. Cada vez pesa más y es más intenso el dolor. Me resisto, intento respirar o ver algo, pero es todo en vano. Cada vez me cubren más piedras y tierra y lodo. Hay alguien rellenando la fosa.

El pánico se intensifica. Estoy desesperado por salir de aquí. Grito pidiendo ayuda, pero me entra tierra en la boca y también se me mete por la nariz cada vez que respiro. Suelto un grito ahogado, me empiezo a quedar sin aire y no paro de toser y escupir al no llegarme más que tierra a los pulmones. Muevo la cabeza de lado a lado intentando esquivarla, pero no puedo evitar que siga cayendo. Está asfixiándome. Trato de escupir la tierra para desobstruir los bronquios, completamente negros, atorados. Pero cae sin cesar, implacable.

No sé exactamente cuánto tiempo me quedo así. Podrían haber sido días o solo un parpadeo.

La tierra no tarda en aplastarme las piernas. Y los brazos. Pestañeo muy rápido para que al menos no me entre en los ojos y poder ver a la persona que está haciendo esto, no perder de vista el cielo estrellado. Porque, mientras pueda ver el cielo y los árboles, conservo la esperanza de que pare, de escapar. De que alguien me rescate, incluso. Entonces desaparecen los árboles y el cielo y, con ellos, toda esperanza.

Voy a morir. La certeza me atraviesa con la fuerza de una bala de cañón. Voy a morir. Sin discusiones ni negociación. Lo único que puedo hacer es aceptarlo. Es injusto y tengo miedo y es imposible porque esto tendría que estar pasándoles a otros, no a mí. A mí nunca debería pasarme esto. Y se me hace imposible respirar y no veo nada y no sé si tengo los ojos cerrados o abiertos y eso ha dejado de importar y aguanto la respiración y empiezo a llorar pero nadie puede oírme, ni siquiera yo mismo me oigo, y sé que tengo que exhalar el aire y que si lo hago será mi fin y no puedo dejar de luchar, pero sé que en algún momento tendré que volver a respirar aunque no haya nada que respirar y quiero gritar otra vez, una última vez, así que intento abrir la boca y coger aire y gritar y…

Me despierto. Y estoy gritando. Luchando por una bocanada de aire. Era solo un sueño. Terrores nocturnos. Tan terroríficos que me habían aplastado, paralizado y asfixiado.

Me cuesta incorporarme y el cuerpo tarda en responderme; aún recibe señales de seguir inmerso en la pesadilla. Por fin consigo ponerme de lado, aunque tengo que hacer un gran es-

fuerzo. Estoy temblando de pies a cabeza, como si hubiera corrido una maratón.

En esta habitación, a oscuras, es como si estuviese en el vientre materno. La cama cede fácilmente e invita al sueño. Me tapo y me meto bajo la colcha. Respiro más tranquilo, reina el silencio. Me siento seguro con el silencio.

Pero no dura mucho.

Una fuerte explosión sacude el mundo. La habitación se ilumina intermitentemente con una luz monocroma, eléctrica. Las ventanas tiemblan tanto que parecen a punto de estallar. Afuera arrecia una tormenta. Truenos, viento y rayos, todo a la vez. Una parálisis del sueño y luego una tormenta. Los dos mayores miedos que tengo. Parece que un dios cruel se está burlando de mí.

Otra explosión. Grito de nuevo.

Vuelvo a estar paralizado, pero esta vez no puedo hacer nada. Me escondo bajo las sábanas, cierro los ojos con fuerza y le rezo a ese dios malnacido esperando que todo se termine pronto. Intento hacer algo positivo. Se supone que, si cuento los segundos que pasan entre la luz del rayo y el sonido del trueno, sabré la distancia a la que está la tormenta. Cuanto mayor sea el espacio de tiempo, más lejos estará.

Rayo.

Uno… dos… tres…

Trueno.

La tengo casi encima.

Dejo de contar; no sirve de nada. Lo único que puedo hacer es tumbarme en la cama. Y entonces vuelven esas imágenes y, con ellas, los recuerdos. Salen del subconsciente y se repiten otra vez en la parte interior de mis párpados, aunque tenga los ojos cerrados. Estoy obligado a ver la película. Las tormentas siempre me recuerdan a esa época horrible, a ese lugar espantoso. Los rayos y los truenos me hacen perder el control. Soy incapaz de hacer otra cosa que no sea ver las imágenes, revivir los recuerdos. Pido desesperado que se detengan lo antes posible.

Después de lo que parece una eternidad agonizante, se disipa la tormenta. Abro los ojos de nuevo y por fin los recuerdos se desvanecen, aunque me tiembla todo el cuerpo, como si hubiera tomado demasiada cafeína. Vuelvo a estar solo. Saco la cabeza de

las sábanas. Recuerdo algo que apenas tuve tiempo de procesar cuando la habitación entera se iluminó con los rayos.

¿Dónde estoy?

Salgo rápidamente de la cama. Escudriño la habitación todo lo que me deja la pálida luz de la luna. Sigo en el sueño. Tiene que ser eso. De los terrores nocturnos he pasado a… esto. Sí. Sigo soñando. No puede ser otra cosa. Porque esta no es mi habitación. Nunca he estado en esta habitación. Al lado de la puerta hay un interruptor. Lo enciendo. Se ilumina una lámpara de araña enorme que cuelga del centro del techo.

Parece el set de rodaje de una de las pelis de terror antiguas de la Hammer. El tipo de habitación en la que se hospedaría un viajero incauto antes de que algo terrible le ocurriese. Las paredes son oscuras y de madera pulida. Hay una chimenea apagada en uno de los extremos de la habitación. Las tablas del suelo están cubiertas con alfombras llenas de patrones intrincados. Lo único que se ve en el exterior, a través de una ventana de cristal de plomo enmarcada en piedra, es oscuridad. Un ropero con tallados profusos ocupa una pared entera. La cama tiene cuatro postes gigantes en las esquinas. Me había ocultado bajo una colcha de brocado y llena de bordados. Los cojines son suaves. Un gran lavabo de porcelana y una jarra a juego descansan sobre una consola de madera. Hay un diván a los pies de la cama y velas en las mesitas de noche. En la mesa que hay en el centro, un candelero enorme. El techo está combado y cubierto de vigas de madera. La habitación entera tiene una atmósfera cargante, opresiva, gótica.

Intento abrir la puerta. Está cerrada. Tiro con más fuerza, empezando a desesperarme. Sigue sin ceder. Me doy la vuelta y vuelvo a observar la habitación. Algo me llama la atención. En la mesita de noche, justo como en mi habitación, se encuentra el libro que estaba leyendo: *Cuentos de imaginación y misterio*, de Edgar Allan Poe. Parece que esta habitación está sacada de entre sus páginas. Me doy la vuelta otra vez, como un animal en una jaula.

Es un sueño. Debe ser eso. Una pesadilla más insidiosa que la que acabo de tener, pero un sueño, al fin y al cabo.

Hago lo que siempre hago cuando estoy borracho y estoy intentando decidir si ya he bebido demasiado. Me muerdo el labio por

dentro. Leí en algún lado que, si haces eso después de beber y no lo notas, es que te has pasado bebiendo. Si te duele, puedes seguir dándole. Lógica de universitarios. He perdido la cuenta de las veces que me he levantado con el labio sangrando, mordido, masticado. Convencido de que no dolerá si estoy soñando, me muerdo el labio. Con fuerza. Siento el dolor y un hilillo de sangre que brota.

Si esto no es un sueño, ¿qué diablos es? Y otra cosa en la que, por imposible que parezca, no he reparado antes: estoy vestido. Todo lo que llevo puesto es mío: los pantalones, las botas, la camiseta y la sudadera.

Abro el armario. Las puertas chirrían exactamente como uno se esperaría por su aspecto. Me quedo mirando el interior. Dentro hay más ropa mía en perchas y doblada a la perfección en los estantes. También están mis zapatos en la parte de abajo. Se me acelera el corazón. Me cuesta respirar. Presiento un ataque de pánico inminente. Dentro de mí, el miedo lucha contra la confusión. ¿Quién ha traído aquí mi ropa? ¿Y mi libro? ¿Quién me ha traído aquí a mí?

Miro por la ventana. Oscuridad. La tormenta se ha terminado, ha dejado de llover. De algún sitio llega una luz débil porque más abajo puedo ver un jardín. Es enorme, con zonas distintas para los árboles, el césped y los parterres de flores, separadas por arbustos altos y casi laberínticos. Algo me llama la atención. Un destello en la oscuridad. Una figura moviéndose.

Miro más de cerca y pego la cara al cristal, cubriendo los reflejos. Decididamente hay movimiento. Alguien arrastra algo pesado por el suelo. Entrecierro los ojos en un intento por ver mejor, pero la oscuridad no ayuda y hay árboles y arbustos en medio. Quizá la mente me esté jugando una mala pasada, pero parece que el bulto pesado que lleva a rastras es… No. Es solo un efecto de la luz. Tiene que ser eso.

Y entonces cae un rayo.

Grito y me aparto corriendo de la ventana. Espero unos segundos, con el corazón encogido. No ha sido cerca. Seguro que no ha sido cerca. Seguro. O al menos eso espero. Pero ha sido oportuno. Me ha dejado ver el jardín iluminado antes de que me apartara de un salto.

Es un cuerpo, seguro.

La Bestia del sótano

En esta casa hay secretos.
En esta casa hay fantasmas.
En esta casa hay monstruos ocultos.
En esta casa hay muerte.

Y yo estoy aquí, en lo más profundo. Literalmente. Todos los que están en la casa saben que estoy aquí. Consciente o inconscientemente. Cuando se habla del sótano, de repente todos vacilan. Se quedan pensando qué hay o qué puede haber ahí abajo. O piensan en las cosas que les daría miedo encontrar ahí. Aquí, mejor dicho. Nadie quiere venir aquí abajo y arriesgarse a encontrarme a mí. Nadie. Por eso me ignoran y fingen que no existo. ¿Qué es eso que me ha parecido ver por el rabillo del ojo? Nada. No hay nada. ¿Qué es lo que hay en el sótano? Nada. Está vacío. La Bestia del sótano no existe. Los monstruos no existen. No hay nada. No hay nada, ¿verdad que no?

Entonces, ¿por qué lo hacen? ¿Por qué fingen que no existo cuando todos saben la verdad? Bueno, hablemos sin tapujos. ¿Vosotros no haríais lo mismo? Claro que lo haríais. Como todos. Sí, ya he aprendido. Ya sé por qué es. Bueno, es que he estado tanto tiempo aquí, a solas, que he aprovechado para hacer algo productivo. Aquí abajo no hay Netflix.

Ah, sí, sé lo que es Netflix. Estoy en el sótano, no en el siglo XVIII.

No. Ya sé por qué. Es porque si todos admitiesen que existo tendrían que admitir la existencia del resto de las criaturas que hay en la casa. ¿Yo? Yo solo soy una bestia. Hay monstruos peores que yo. Y más agresivos, aunque sea yo quien lo diga. Además, no todos los monstruos se mantienen aislados del resto de los invitados, como lo estoy yo, oculto tras una puerta cerrada al final de una escalera que se pierde en las frías sombras, en lo desconocido. No. Están mucho más cerca. Muchísimo más cerca. A esos monstruos se los puede tocar y también hablar, discutir, pelear y hacer el amor con ellos. Comen y beben. Son capaces de sacar

conversación. Hasta conversaciones interesantes, si se da el caso. Saben mimetizarse a la perfección.

Están aquí. En la casa, conmigo. Con nosotros. Solo es cuestión de identificarlos. O identificarlo. Puede que sea en singular o en plural. Quizá es solo un monstruo enorme que actúa por su cuenta. O quizá sea más de uno.

Pero ¿qué voy a saber yo? Mejor no darle tantas vueltas, o las menos posibles, cuando eres la Bestia del sótano. El auténtico monstruo de lo más profundo de la casa.

Solo diré una cosa. Si queréis saber de monstruos y de lo que son capaces, preguntadme a mí. Pero andaos con mucho cuidado… (Eso lo he dicho con voz tenebrosa de peli de terror antigua. Tendréis que echarle imaginación, porque es difícil transmitir eso por escrito. Por escrito lo que pasa es que no se pueden transmitir tantos matices. En fin…). Os lo advierto: quizás no queráis oír la respuesta. Y para saber la respuesta tendréis que hacerme frente. O, peor, tendréis que admitir que existo. Admitir lo que soy para vosotros y para el resto de las personas que hay en la casa.

¿Aún queréis saber la identidad de los monstruos, dónde están y lo que están haciendo? ¿De verdad? Pues ya sabéis qué hacer. Cuando lo hayáis hecho, preparaos, porque tendréis que pagar el precio.

O quizá sea mejor no saber nada, ignorar deliberadamente lo que está ocurriendo. Al no admitir nada, no hay confrontación, lo que es igual a cero consecuencias. No lo mencionéis, ni siquiera preguntéis. Negadlo, como hacen todos.

Da igual. Tiendo a hablar más de la cuenta. Ignorad todo lo que he dicho.

Fingid que no existo.

Y dejad que los otros monstruos sigan con sus monstruosos planes.

Kyle Tanner

No sé dónde estoy ni cómo he llegado a esta habitación. La puerta está cerrada con llave y no voy a llamar la atención de quienquiera que sea el del jardín. La ventana es la única escapatoria. Bajar trepando las paredes del edificio.

Al examinar de cerca el marco de la ventana, me acuerdo de Jonathan Harker en *Drácula* cuando ve al conde usando todo su cuerpo para descender por los muros rectos del castillo como un lagarto enorme deslizándose por la pared. Tiro de la manija. Está bloqueada. Sin embargo, no me sorprende. Vuelvo a probar la puerta. Sigue cerrada. Me siento de nuevo en la cama. Para evitar caer preso del pánico otra vez, intento volver mentalmente sobre mis pasos con la esperanza de recordar algo que me ayude a averiguar cómo he llegado hasta aquí y dónde estoy.

Vale. Me llamo Kyle Tanner, sufro terrores nocturnos en los que me quedo paralizado dentro de un ataúd y, además, me dan miedo las tormentas. Tengo veintidós años y soy de Hertfordshire, aunque ahora estoy en la universidad de Birmingham estudiando el segundo año de Cine y Literatura en Lengua Inglesa. Siento cierta fascinación por lo macabro: el título de mi trabajo de fin de grado es «Representaciones del gótico en el cine de posguerra occidental». Ahora mismo no tengo otra cosa en la cabeza. Me paso los días viendo películas de miedo antiguas de la Hammer y Roger Corman, leyendo artículos académicos y no tan académicos, cuentos cortos y novelas, todo sobre el mismo tema. Tengo las clases tan presentes todo el tiempo que ahora no puedo evitar interpretar bajo ese prisma todo lo que me rodea. Para los estudios me viene bien, pero no me invitan a muchas fiestas.

Miro la hora en mi reloj de pulsera, pero me doy cuenta de que no lo tengo. Qué raro. Siempre lo llevo puesto. Hasta para dormir. Mi exnovia se quejaba de que lo primero que hiciese al despertarme y lo último que hiciese justo antes de dormir fuese siempre mirar el reloj. Pero tengo algo en la muñeca donde suele estar. Es una especie de Fitbit, una pulsera de goma muy apretada y con

un pequeño cristal negro rectangular en el centro. Intento quitármela, pero es imposible. Puede que la tenga pegada a la piel. Y es lo único en la habitación, aparte de mí, que parece fuera de lugar.

Compruebo el libro de Poe que estaba en la mesita de noche. Es exactamente igual que el que tengo en casa. De hecho, podría ser el mismo, porque incluso está doblado por los mismos sitios. La ropa del armario también parecía que era mía. Pero eso no me ayuda en nada. Ordeno los pensamientos, intento hacer memoria.

¿Qué es lo último que he hecho? Sábado por la mañana. Me despierto sobre las diez con resaca (en realidad todavía algo borracho) de la noche anterior. Me levanto alrededor de la hora de comer, bajo al salón y me encuentro a Tom, mi compañero de piso, tirado en el sofá. Está medio tapado con una manta viendo un programa de fútbol y desayunando un tazón de cereales. Mike, nuestro otro compi, también sale de su habitación y se nos une en el salón. Hablamos de lo que hicimos anoche, vemos qué planes podemos hacer luego y después me hago una taza de té y me vuelvo a subir a mi cuarto. Aunque tenía intención de avanzar un poco con el libro de Poe que estaba leyendo (*El entierro prematuro*), termino, como siempre, perdiendo el tiempo en las redes sociales.

Y después de eso…

No hay ningún «después». Eso es lo último que recuerdo. Y ahora estoy aquí.

Me palpo todos los bolsillos en busca del móvil y miro también en el fondo del armario, en la mesita de noche, en todos los sitios que se me ocurren. No lo encuentro por ninguna parte. Me siento en la cama una vez más. Este sitio me fascina, pero también me resulta aterrador. Alguien se ha esforzado mucho en preparar todo esto. No sé si sentirme halagado porque alguien me considere digno de tanta atención o si eso tendría que darme más miedo. Por lo que a mí respecta, no se me ocurre nada que haya podido hacer para merecerlo, ni en el buen sentido ni en el malo.

Tom, Mike y yo somos muy bromistas, pero nunca nos hemos gastado una broma así. Normalmente son inocentadas, como convencer a Tom de que las toallitas enrolladas y humeantes que ponen en los restaurantes indios son una *delicatessen* o cosas de ese estilo.

Hasta ahora, a mí solo me habían gastado una broma pesada, un día después de que viéramos juntos una peli de miedo buenísima. Intenté que no se notase cuánto miedo me daba, pero se dieron cuenta. Cuando bajé al salón al día siguiente de ver la peli, me los encontré cubiertos de sangre y haciéndose los muertos. Se habían tirado sobre los muebles y tenían la cabeza colgando, como si los hubieran apuñalado. Me lo tragué por completo. Estaba a punto de llamar a emergencias cuando los dos empezaron a levantarse y a gruñir como zombis. Ahí fue cuando salí corriendo a la cocina para coger un cuchillo y ellos se empezaron a desternillar de la risa. Casi los mato de verdad en ese momento. Habían usado mermelada de fresa para hacer los grumos y kétchup para las salpicaduras. Cuando se me pasó el susto, entré en cólera, les dije que se encargarían ellos de limpiarlo todo y que, si no nos devolvían la fianza, sería por su culpa y me tendrían que pagar mi parte. Respondieron que había merecido la pena por haberme visto la cara. Pero no serían capaces de llegar tan lejos, ¿no? Aunque esa broma fue a sabiendas de que las pelis sangrientas me dejan mal cuerpo, nunca les he contado nada del resto de los miedos que tengo. No saben nada de las tormentas, por ejemplo. Y, si no son ellos, ¿quién? ¿Y por qué?

Compruebo la puerta. Sigue cerrada. Me vuelvo a sentar en la cama. Espero. Tras un tiempo, me levanto y miro de nuevo por la ventana. La tormenta pasó hace rato. De noche, todo está oscuro y en silencio. La lluvia lo ha mojado todo, pero no lo ha dejado limpio. No hay nadie en el jardín. Si hubiera alguien, estaría escondiéndose entre las sombras.

Entonces lo oigo. Un sonido débil, pero inconfundible. Un clic.

Corro hacia la puerta y giro el pomo. Abierta.

Diana Landor

Lo primero que se me vino a la cabeza fue trata de mujeres. ¿Después de despertarme en un lugar que no conozco y sin recuerdos de haber llegado hasta aquí? Obviamente. Me crie en los 90: en esa época, las drogas de violador estaban en casi todas partes y siempre se las echaban a las mujeres en las copas. Crecí rodeada de historias de chicas que estaban conscientes cuando las violaban, pero que eran incapaces de ofrecer resistencia, o que se despertaban en un hotel en una bañera llena de hielo y con un riñón menos. Pero me aseguré de que eso nunca me pasara a mí y no voy a dejar que nadie que intente hacérmelo ahora se vaya de rositas. Si me buscan, me van a encontrar.

A ver, esta no es la primera vez que duermo por ahí y me despierto sin memoria funcional de la noche anterior en la cama de un desconocido que no para de roncar y de cuyo nombre no puedo acordarme, pero cuya polla podría distinguir entre un millón. Por favor, no. Pero siempre ha habido consentimiento. Ahora, conforme me hago mayor (cómo odio esa palabra), esos días quedan cada vez más lejos. Bueno, tan lejos no. Es solo que ahora soy más selectiva. Y sí, he tomado esa decisión porque yo he querido. A muchos jovencitos les gustan las tigresas.

Ya, me encanta el sexo, ¿qué pasa? Para mí es un factor muy importante. Probé a estar casada y lo odié. No quiero tener hijos, así que me ligué las trompas antes de los treinta. Me hago analíticas a menudo y no quiero relaciones serias. No hay nada peor que un tío se ponga pegajoso e intenso tras un par de citas. Por favor. *Next*. Fuera. Para eso se inventó el *ghosting*.

Y ahora llevo puesto un modelito de Prada y un collar a juego de aspecto carísimo y he salido de la habitación donde recuperé la conciencia y estoy bajando las escaleras de una casa antigua y siniestra. Si la intención era asustarme, seas quien seas, estás perdiendo el tiempo. Sin embargo, si lo que querías era irritarme y hacerme enfadar, enhorabuena: conseguido. No tengo tiempo para estas tonterías. Tengo que ir a reuniones importantes. Diri-

gir una empresa. Hacer negocios. Así que ardo en deseos de conocerte y que me expliques de qué va todo esto. A ti, por otro lado, no te va a gustar tanto. No me he abierto camino hasta este puesto (y, más concretamente, tampoco habría permanecido aquí tanto tiempo) sin señalarles al resto sus errores. Y, cuando alguien me hace enfadar, cuidado. No tengo nada que envidiarle a Hulk. Sí, ¿cómo no voy a saber quién es Hulk?

El enfado que tenía aumentaba por momentos cuando estaba encerrada en… bueno, la que supongo que era mi habitación. Es claramente antigua, pero está amueblada con copias de los muebles del dormitorio de mi apartamento y hay una selección de mi propia ropa en el armario. Quien haya preparado todo esto ha debido de esforzarse mucho, pero se ha olvidado de un detalle importante. Mi teléfono. No está. Lo único que tengo es esta estúpida pulsera, que no hay quien se la saque de la muñeca. Ni siquiera parece que esté encendida y pongo la mano en el fuego a que no tiene wifi. En cuanto sonó el chasquido de la puerta indicando que se había abierto, salí como un rayo. Y aquí estoy, corriendo por el pasillo todo lo rápido que me dejan mis tacones Louboutin.

Aun así, no puedo evitar sentirme atraída por todo esto. Parece una mansión antigua, de las que renovaron hace tiempo y convirtieron en hoteles rurales de lujo. La tarima es original, pero está bien conservada. Las tablas de la pared, lo mismo. Está todo salpicado de muebles recargados. Estanterías llenas de libros antiguos con cubiertas de cuero. En realidad, he sentido la tentación de decir «tomos» en lugar de «libros». Es ese tipo de sitio. De tanto en tanto, hay rincones y huecos con ventanucos de cristal de plomo. Me apoyo en uno de los cojines bordados que hay bajo las ventanas e intento vislumbrar el exterior para averiguar qué es este sitio. No veo nada. Está muy oscuro. Menuda pérdida de tiempo.

Supongo que es la hora de la cena porque parece que voy vestida para la ocasión. Aunque no tengo hambre (no le hago mucho caso a la comida en general; si acaso, la veo como combustible, y además tiende a interrumpir otras actividades), estoy impaciente por hablar con quien esté a cargo de todo esto.

Me detengo. He llegado a un ascensor viejo. De los que tienen

una jaula de metal dentro. No está muy en línea con lo que he visto de la casa hasta ahora, pero sigue siendo antiguo. Miro alrededor. No hay nadie más por aquí. Las escaleras siguen hacia abajo, pero no veo razón para seguir caminando cuando puedo darles un descanso de los tacones a mis doloridos pies y tomar el ascensor. Abro la puerta. La cabina está ahí como si me hubiese estado esperando. Entro y cierro la puerta detrás de mí. Está muy bien conservada. El oro del interior está reluciente y el espejo es *art déco*. Es más moderno que el resto de la casa, desde luego. Pero tampoco hay wifi aquí dentro, porque mi Fitbit sigue sin responder.

Presiono el botón de la planta baja y el ascensor empieza a moverse.

A medida que desciende, observo lo que hay a través de los barrotes. Las paredes están repletas de cuadros con un aspecto extraño. A juzgar por su aspecto, parece que están recién pintados, pero son de un estilo de hace siglos. Como cuando la gente tenía que posar durante al menos una semana para que los artistas capturasen bien lo que sea que ellos vean. Todos los cuadros son retratos, pero en cierto modo parecen hasta más modernos que el ascensor. Los personajes llevan ropa actual y hay objetos contemporáneos. Me fijo en el cuadro de un chico que aparece sentado delante de un portátil, con la cara iluminada por la pantalla, fascinado por lo que sea que esté viendo. Luego el de un señor con atuendo militar dirigiendo a sus tropas en un ataque contra el enemigo. Algo oscuro que no consigo discernir. Y entonces…

Se me escapa un grito ahogado. No.

Pulso todos los botones intentando que la cabina se detenga. No lo hace, por supuesto, pero no por eso iba a dejar de intentarlo. En su lugar, estiro el cuello e intento mirar hacia arriba, pero ya es tarde. Estamos en otra planta y ya no veo ese hueco. Al poco, se para el ascensor. Hemos llegado a la planta de abajo.

Ya estoy empezando a dudar de lo que he visto. Es ridículo, no puede ser. Habrá sido un efecto óptico o una casualidad. Quiero volver y comprobarlo, pero veo algo de luz saliendo de una puerta al fondo a la izquierda. Hay alguien allí. Alguien que se va a enterar de lo que vale un peine.

Ya habrá tiempo luego de ver los cuadros.

Me bajo del ascensor, cruzo el pasillo, abro la puerta de par en par y entro.

–¿Quién de vosotros es el hijo de puta responsable de todo esto?

Siempre se me ha dado bien entrar por todo lo alto.

La Bestia del sótano

¿No os parece muy lioso que se presenten tantos personajes en tan poco tiempo? ¿Verdad que sí? ¿Y se supone que os tenéis que acordar de todos? ¿Aunque todavía no hayan demostrado tener un solo rasgo de personalidad ni dicho o hecho nada en particular que los defina o sea relevante? A veces hay tantos personajes juntos en un mismo sitio que hay que empezar a tomar apuntes para no perderse. ¿No os resulta irritante? A mí también me pasa. Así que lo evitaremos.

Bueno. Mejor hagámoslo.

Seguramente ya habréis adivinado que la siguiente parte de la historia gira alrededor de la cena. Antes de empezar con eso, supongo que tendré que comentaros algunos detalles de las personas que estáis a punto de conocer. No profundizaré mucho, claro, solo os daré unas pinceladas de la personalidad de cada uno para que seáis vosotros quienes decidáis, más adelante, si son buenos o malos, víctimas o verdugos o cualquier cosa intermedia. Incluidas bestias del sótano.

Ya conocéis a Kyle Tanner. Es un estudiante al que le dan miedo muchas cosas, pero cae en gracia, como cualquier estudiante (perdón, no debería juzgarlo. Eso es cosa vuestra). Los invitados de la cena más conservadores opinarían que la mitad de su carrera podría llamarse, simplemente, Ver la Tele en Lengua Inglesa. En concreto, la parte de su itinerario que se especializa en el cine gótico. Sí, ve muchas pelis (y de hecho lee muchos libros), pero es mucho más que eso. Es más complicado de lo que ninguno de nosotros podría imaginar. Porque ve muchas pelis y lee muchos libros, pero tiene pensamiento crítico. En clase ha aprendido a mirar más allá de lo aparente. A ver más allá de la superficie, más allá del texto, sea verbal o visual. Ha aprendido a no dejar que nada lo despiste. Sabe que el subtexto y el contexto lo son todo.

Y Diana Landor también os debe de sonar ya. Ese no es su nombre real, por cierto. Es Janice Crewe, pero se lo cambió en cuanto consiguió desvincularse de sus raíces. Nadie se tomaría en serio

a una elegante ejecutiva de RR. PP. que trabaja en el West End del corazón de Londres (el área más brillante, o eso dicen) si se llamara Janice Crewe y siempre la precediese su marcado acento. Pero ¿a la preciosa y decidida Diana Landor? Ya estamos hablando de otra cosa. Es una (¿señora?) obra maestra en lo que a reinvención respecta, una alquimista de la identidad: aunque el material de base que tome sea el menos prometedor posible, lo combina con pura ambición y cierta obsesión por los episodios antiguos de *Sexo en Nueva York* y lo convierte en algo irreconocible, mejorado.

No importa lo que le echen encima ni cuántos sucesos traumáticos tenga que soportar: a ella no le afecta nada, sino que sale más fuerte e incluso más atractiva. Es capaz de proyectar su propia perfección en el lienzo más grande que encuentre. Pero ¿de verdad podrá superar su pasado algún día? ¿Sigue esa niñita asustada encerrada aún en su interior? ¿A qué está dispuesta a llegar para seguir ocultándola? Al revés, ¿qué tipo de crisis tendría que darse para que esa niña rota salga a la luz?

Ya van dos. Hay ocho personas más (nueve si me incluís a mí). Y puede que haya otros que no conozcamos aún y que nos encontremos por el camino. ¿Quién sabe? Bueno, es que no tendría gracia ninguna que lo supierais todo desde el principio, ¿no creéis? ¿Qué sería de la vida sin sorpresas? Así que olvidad lo que he dicho y tratad de fingir asombro cuando ocurra. Bueno. Los otros.

Esas son Cerys y su bebé, Monica. Monica no habla mucho; se limita a existir. Es una bebé rechonchona, no juega a nada y no parece que este sitio o lo que ocurre a su alrededor le despierten mucha curiosidad. Solo mira fijamente. Y come. Y caga, supongo, porque es un bebé, pero menos mal que aquí abajo no tengo que aguantar esas cosas. No llora nunca. O nunca la he oído. O puede que sí y me haya convencido de que eran los zorros en celo hurgando en los contenedores. A veces suenan como los berridos de un niño. Ahora que lo pienso, me parece que hay un montón de zorros por aquí cerca.

Cerys siempre va desaliñada, como si se esforzase por ser lo menos atractiva posible. Quizá porque la última vez que se arregló terminó embarazada. Pero siempre tiene cara de estar dividida, como si una parte de ella quisiera ponerse guapa y salir y

echarse una copa de vodka caramelo, bailar o liarse con chicos, como cualquier joven de su edad (o con chicas, ya nunca se sabe), pero luego se acordase de que tiene que cuidar de un bebé que depende de ella y de nadie más. Ese tipo de cosas pueden llevar a sentir resentimiento u odio hacia uno mismo y, en casos extremos, terminar en abuso. Ahora mismo lo está conteniendo todo relativamente bien, pero la ira sigue ahí, eso seguro. ¿Qué ocurriría si la dejara salir?

¿He hablado ya de Jimmy Saint? ¿No? Si lo pienso, me da la risa. Sé que no podéis verme, pero creedme que no os miento. Aunque al ser la Bestia del sótano quizá no suene como una risa normal. Culpemos a los zorros de nuevo. En fin, no importa. Jimmy Saint. Mejor dicho, capitán Jimmy Saint, que es su título completo. Seguramente tenga más títulos y medallas de las que le encantaría hablaros y contaros cómo consiguió, pero se os iría el día entero. No, no quería decir eso. No quiero que penséis que es un hombre superficial. *Soberbio* es la palabra. Un militar con porte y atuendo militar. Un soldado. Un héroe. Para Jimmy, todo es lo mismo. Ha servido con valentía, coraje y honor en algunos de los conflictos más complejos del mundo. Sus hombres lo respetan y obedecen sus órdenes. Es el campeón del juego limpio. Es don Perfecto. O capitán Perfecto, mejor dicho. Solo ve dos extremos: bueno o malo, blanco o negro, el bien o el mal. Y él siempre está de parte del bien. Es el héroe perfecto. Pero ¿de verdad se puede ser tan perfecto? ¿En serio?

Y luego está Sylvia Moult. Ay, Sylvia, querida. Qué manera demoniaca de ver el mundo tiene la señora. Bueno, digo «señora», pero no sé a ciencia cierta qué edad tiene. Parece que es de una época en la que la gente sabía el lugar que le correspondía y todos respetaban a sus mayores y a sus líderes. No como ahora.

Todos sabemos, por supuesto, que ese tiempo y lugar solo existen en la imaginación de Sylvia y en los discursos de presidentes conservadores que ya han caído en el olvido. Aunque, si por «imaginación» entendemos ser creativo, jugar, ser alegre y cosas del estilo, entonces Sylvia tiene más bien carencias. Según ella, ese es el problema que tiene la gente de hoy en día, sobre todo la juventud, como le encantaría explicaros detenidamente. Es la típica arpía de Recursos Humanos. Su trabajo consiste en contratar y

despedir gente, y solo le gusta una mitad. Para sorpresa de nadie, está soltera. El compromiso, entre otras muchas cosas, es algo que le da pavor a Sylvia.

No os preocupéis: solo quedan cuatro. Me temo que hemos convertido esto en una especie de lista. Sé que las listas son aburridas y que hacen que la lectura sea más pesada en lugar de ayudar a digerir lo que está ocurriendo, pero habría sido más aburrido tener diez versiones iguales de «Me acabo de despertar y no sé dónde estoy. Y hay una cena pija, etc.». Una y otra vez. ¡Tedioso! ¡Tedioso! ¡Tedioso! Podéis dar por hecho que todos han pasado por lo mismo y que todos están bajando de camino a la cena. No os impacientéis, ya los conoceréis. Bueno, a casi todos. Pero así son las bestias, por decirlo de algún modo. (Yo no. La otra bestia. La metafórica, la narrativa). Sigamos. Podéis volver a este punto siempre que lo necesitéis. Por tener alguna referencia. Vale. Últimos cuatro.

También hay un anciano. Creo que se llama Len. Digo «creo» porque no es nada memorable: su nombre entra por un oído e inmediatamente sale por el otro. Seguramente también tenga apellido. Lo he sacado ahora a propósito porque, si lo dejo para el final, seguro que se me terminaría olvidando y os quedaríais en plan «¿Quién es el viejo este? No nos habías hablado de él». O a lo mejor os habría dado igual; como os digo, no es nada memorable. En fin, Len. Lo único que quiere es que lo dejen donde está y que nadie le moleste, sin responsabilidades. Con eso y su perro, él es feliz. Pero puede que os surja alguna duda (si le dais importancia en algún momento), como las siguientes: ¿por qué querrá estar solo? ¿No le habrá pasado algo horrible y traumático para que lo único que necesite ahora sea un poco de paz? ¿Tendrá él la culpa de algo de lo que le pasó? ¿O simplemente será un muermo total?

Y después está Iain. Pobre. En todas las fiestas hay uno: el típico borracho de turno que a todos les resulta pesado. No solo es aburrido, sino que además está convencido de lo contrario y habla por encima de todo el mundo. Cuanto más bebe (y bebe mucho), más atractivo y ocurrente se vuelve. O eso se piensa él. Todos conocemos a alguien así. Puede que alguna vez nosotros mismos hayamos sido esa persona (yo no, claro; yo soy la Bestia

del sótano). A Iain siempre se lo han dado todo en bandeja de plata: ha ido a escuelas y a una universidad prestigiosas, tiene amigos y familia de bien; en pocas palabras, ha disfrutado del tipo de ventajas que cualquier persona moderadamente talentosa habría sido capaz de convertir en una vida de éxito. Pero Iain se las ha arreglado para ser un fracasado. Podría haber sido primer ministro (como algunos de sus amigos) y seguro que le habría ido igual de mal. En el fondo se odia a sí mismo. Pero el pobre no es lo suficientemente inteligente para entender su propio conflicto.

Y os presento a Ramona, que viene a levantar los ánimos. La presencia de Ramona consigue alegrar a todo el mundo. Allá donde vaya la siguen su acento sureño y el batir de sus larguísimas pestañas; se sienta siempre de rodillas, doblando sus piernas esbeltas, y lo observa todo con sus enormes ojos. Cuando posa la vista en ti, te hace sentir la persona más importante de la habitación. La única que existe. En su vida. En el mundo entero. Es pura autoestima en un cuerpo ágil y perfecto.

Se siente completamente a gusto en su bellísima piel. Pero, igual que Jimmy Saint, ¿de verdad es así de perfecta?

He dejado lo mejor para el final. Y por «mejor» me refiero a un pedófilo asqueroso y ruin. Es el tipo de personaje que todo el mundo odia sin pensárselo dos veces. Os presento a Desmond Blaine. O mejor no. Seguro que tiene antecedentes en varios sitios. Es una de esas personas con las que los niños no deben hablar en el camino del colegio a casa. Porque obviamente vive al lado de un colegio. O todo lo cerca que legalmente puede. Se ve a la legua que es un hombre muy turbio. Emana de él por los cuatro costados, como una colonia repugnante. Y no es exactamente la persona con quien querrías quedarte encerrado y compartir la cena. Pase lo que pase, es mejor no dejar que nunca se quede a solas con Cerys y Monica. Como os decía, hay monstruos en todas partes.

En todas.

Bueno. Esa es la lista. Perdón si se me ha ido de las manos.

Ah, una cosa más. ¿Recordáis todo lo que os he contado de los invitados? Pues puede que ellos cuenten otra cosa. Hay historias que prefieren no sacar a la luz para no causar mala impresión. Hay historias que nadie quiere que se conozcan. Hay historias que necesitan proteger. Porque, como mínimo, uno de ellos mien-

te. Como mínimo. No lo olvidéis cuando empiecen a contar en primera persona, desde su perspectiva, lo que están viviendo.

Y ahora ocupen sus asientos, por favor. Ha sonado un gong, la campana de Pavlov, y la cena está servida.

–Hola, soy Kyle. Mmm, mi nombre está aquí, al lado del tuyo. ¿Te importa que me siente?

«Me importaría si no lo hicieras», pienso.

–Sírvete.

Se sienta. Y de pronto la fiesta parece más interesante.

Por lo visto, todos estamos programados para hacer eso de gravitar hacia la persona más atractiva de la habitación con el objetivo de propagar la raza humana o, por lo menos, tener una noche loca. Bueno, Kyle es joven y guapo. Y está sentado a mi lado. Y es el hombre más atractivo que hay en la sala. Aunque eso solo dice del nivel del resto.

Al menos es bastante mejor que Iain, el borrachuzo que se sienta a mi izquierda y que hace un rato que se está pasando de sobón. ¿Se cree que no me doy cuenta de que sus repugnantes dedos me están subiendo por los muslos o que no noto cómo me acaricia «por accidente» cada vez que se queda embobado admirando mi collar? O, lo que es aún peor, ha interpretado mi silencio como una invitación a seguir haciéndolo. Tiene pinta de ser asquerosamente rico y seguramente piense que eso basta como afrodisíaco, pero el dinero no compensa los malos modales ni la mala conducta. Pronto lo descubrirá: como siga subiendo, se encontrará un tenedor hincado en la mano.

–Soy Diana –le digo a Kyle, dedicándole toda mi atención.

Puedo notar la mirada de Iain clavada en la espalda, aunque no lo esté viendo. Quizá al final no me haga falta el tenedor.

Kyle se acerca. Se le nota en la cara que está muy asustado.

–Acabo de llegar. No sé lo que ha pasado, pero me he despertado en este sitio. Donde sea que estemos. ¿Cuánto tiempo llevan aquí los demás? ¿Qué es esto?

Iain lo escucha y piensa que ha dado con la forma de reintroducirse en la conversación.

–Ni idea, amigo. Al principio pensé que mis colegas se estaban quedando conmigo, que era una broma demasiado elaborada.

Asesinato durante cena misteriosa en casa embrujada o algo por el estilo. Todo muy confidencial. –Se ríe–. Puede que lo sea. ¿Quién sabe? El vino es de los buenos, eso sí.

Parece contento en su burbuja, así que los dos lo ignoramos. Kyle mira a su alrededor intentando procesarlo todo: las enormes cortinas corridas con fuerza, llenas de bordados; el candelero ornamental… En realidad, todo es ornamental. Y, ante nosotros, las mesas con todo listo para la cena: cuchillos y tenedores a ambos lados, platos cubiertos por una campana de plata y vasos colmados de agua y vino. Tengo que admitir a regañadientes que Iain no se equivoca: la sala lo tiene todo para que ocurra un asesinato misterioso durante la cena.

Kyle baja la cabeza y vuelve a hablarme en privado:

–¿Quiénes… quiénes son todos estos? ¿Tú los conoces?

–No, no los he visto en mi vida –respondo mientras me acerco más a él para que pueda mirarme el canalillo «por accidente» si se le antoja.

Tiene ganas. Pero sé por cómo ha apartado rápidamente la mirada que es demasiado educado para hacerlo.

–Bueno, tenemos un asiento reservado con nuestro nombre. Será útil para que los recordemos.

Kyle sigue inspeccionando la habitación, esta vez intentando procesar al resto de las personas que hay en la sala. Y son unas cuantas. «Somos», mejor dicho. No he visto a ninguno de ellos en mi vida. Ahora que estoy un poco menos enfadada, empiezo a pillar el humor del resto. El ambiente está cargado, claro, y se nota que todos están desconcertados. Y que desconfían del resto, a juzgar por las caras con las que se miran unos a otros. Además, el miedo y el pánico podrían ser la chispa que haga que todo estalle rápidamente si no nos dan respuestas pronto. He de reconocer, ahora que lo pienso, que yo tampoco soy inmune a todo eso.

El militar («capitán Saint», según su asiento) no para de cuestionar a todo el mundo:

–¿Y tú quién eres?

–Kyle Tanner. Hola. Acabo… acabo de llegar.

–¿Y has pasado por lo mismo que el resto? –continúa Saint, vociferando como en un campo de entrenamiento–. ¿Te despertaste aquí sin saber dónde estabas y no recuerdas nada?

–Mmm, sí.

El resto de la gente en la mesa murmura y asiente.

–¿Alguien se acuerda de algo antes de llegar? –pregunta Kyle.

–Yo he intentado hacer memoria –responde un hombre con el aspecto más insípido del mundo, sentado en algún sitio a la derecha de Kyle. Parece tan insulso que ni me he molestado en leer su nombre–. Pero no puedo.

–Yo tampoco –dice la madre desaliñada junto al bebé en una trona–. ¿Y dónde estamos, para empezar?

–¿Quién sabe? –interviene Iain, el tipo asqueroso–. A lo mejor nos han llevado a todos al extranjero y los islamistas quieren pedir dinero por nuestro rescate.

Está tan borracho que no pronuncia bien ninguna consonante de la palabra *islamistas*.

–Es imposible que estemos en el extranjero –dice una mujer de mediana edad que, a juzgar por la altanería con la que habla, se cree que está por encima del resto. Se llama Sylvia, según su asiento–. Estamos, con toda seguridad, en una casa rural inglesa.

–Puede que sea escocesa –digo yo. Por la mirada que me echa, sé que mi puntualización le ha molestado–. O galesa, incluso. Allí se les da bien construir castillos y ese tipo de cosas.

–Bueno, no es Estados Unidos –apunta una chica negra glamurosa con los ojos enormes. Lleva un vestido en espray y tiene un deje sureño muy marcado–. Ya me habría dado cuenta.

Consigue hacerse con la atención de Kyle automáticamente. Listo: competencia. Hasta se ha hecho con el capitán e Iain. Tendré que andarme con ojo con esa niñata.

–¿Eres estadounidense? –pregunta el capitán, y ella asiente–. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

–Ni idea. Como el resto, supongo.

–A lo mejor estamos en el extranjero –dice Kyle, a quien de pronto le da vergüenza haberse convertido en el centro de atención–. Vi una peli en la que todos se despertaban sin saber dónde estaban. Eran estadounidenses que daban por hecho que seguían en su país cuando en realidad los habían llevado a alguna parte de Europa del Este para darles caza y matarlos.

Un murmuro recorre la sala y los niveles de pánico aumentan, como mínimo, un punto. Me inclino hacia Kyle.

–Creo que nadie necesitaba oír eso ahora –le digo.

–Es obvio que no estamos en Europa del Este –rectifica Iain, levantando su copa–. El vino es demasiado bueno.

Hay un hombre de mediana edad muy raro sentado lejos del resto. No está solo por elección, sino porque los dos que tenía a cada lado se han alejado todo lo que las sillas les permitían. Ignora lo que dicen los demás, obcecado en levantar la campana del plato. Pero no se mueve ni un centímetro.

Todo el mundo sigue en sus conversaciones, aunque Kyle se ha vuelto a acercar demasiado. Me mira la muñeca.

–Tú también la tienes. La pulsera.

–La tenemos todos. Estábamos hablando de eso justo antes de que llegaras. Pero no parece que ninguna funcione. Y no me la puedo quitar.

–Ni yo. –Se interrumpe, como si eso no fuera lo que quisiese decir. Prosigue–: ¿Has estado afuera?

–No, aún no. ¿Por qué?

–Porque… –Se detiene de nuevo. Tras un instante, decide seguir–: Creo que he visto a alguien arrastrando un cadáver en el jardín.

Me quedo mirándolo.

–¿Un cadáver?

Asiente, como si él mismo no pudiera creer lo que dice.

–Alguien arrastraba un cadáver entre los árboles.

No sé qué responder. Me acuerdo de lo que ha dicho Iain. Porque cualquier otra opción que se me pudiese ocurrir sería demasiado horrible.

–A lo mejor Iain está en lo cierto. Bueno, no me refiero a lo de los musulmanes. Pero a lo mejor todo esto es una de esas cenas misteriosas con asesinato muy elaborada. –Cada vez estoy más convencida de mi propia idea, me aferro a ella como si fuese una línea de vida, como si después de todo la cosa no pintara tan fea–. Tú debiste ver a uno de los actores o… no sé, al tramoyista. Se llaman así, ¿no? Bueno, viste a alguien preparando los decorados. Para más tarde. Porque después tendremos que encontrar las pistas y dar con el cadáver –sigo diciendo, sin escucharme a mí misma–. Pero es imposible que todo esto esté pasando de verdad. No puede ser.

Kyle no dice nada. A lo mejor lo he convencido. A lo mejor ese discurso también me ha servido para convencerme a mí misma. O a lo mejor estaba tan nerviosa que he dicho lo primero que se me ha pasado por la mente sin pararme a pensarlo.

–Si ese es el caso, puede que estas pulseras sirvan para medirnos el pulso mientras buscamos las pistas por la casa –propone–. O para cronometrarnos o algo así. ¿Que gane el más rápido?

–Eso suena plausible –digo–. Sí, me gusta la idea.

Los dos nos quedamos un rato callados.

El reloj de péndulo que hay en una esquina de la sala marca las ocho. Cuando deja de sonar, el hombre raro de mediana edad, Desmond, consigue levantar la campana. Y, ya que él ha podido, los demás también lo intentamos y conseguimos destapar todos los platos.

El capitán Saint se dirige a los invitados:

–Supongo que la cena está servida.